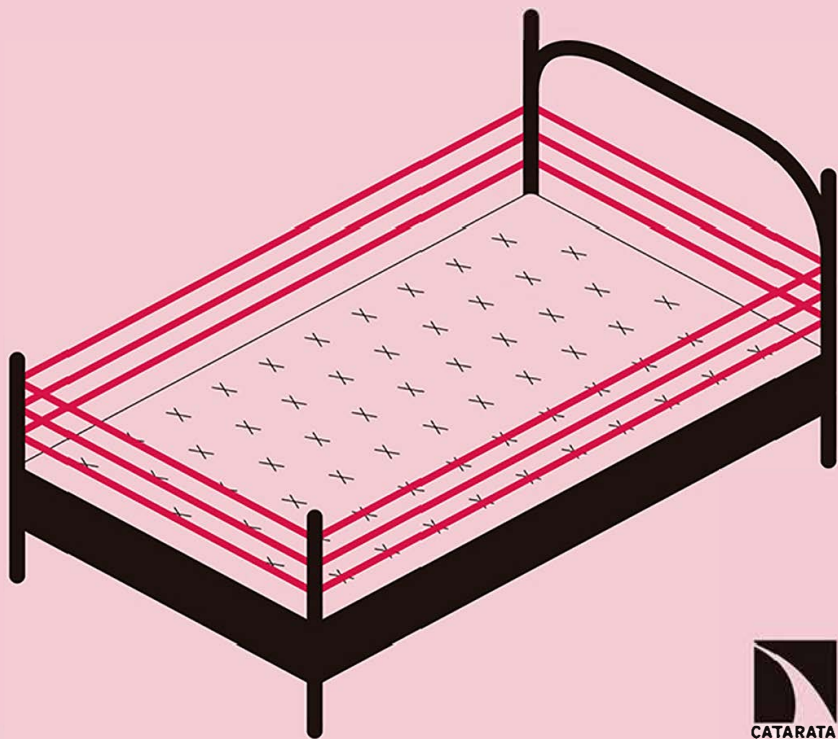


**Martha Zein
Analía Iglesias**

TE PUEDO

**La fantasía
del poder
en la cama**



MARTHA ZEIN

Es narradora. Sus métodos proceden de la literatura, el audiovisual, la arteterapia, la educación para la paz, la pedagogía sistémica y *happenings* inspirados en la naturaleza. Ha publicado ocho ensayos relacionados con la geoestrategia y la ética en Oriente Próximo. En el terreno audiovisual se especializó en documentales de investigación sobre la violencia de Estado (que obtuvieron cinco premios internacionales) y desarrolló su propia línea de producción y creación basada en la *green production* y el cuidado, bajo el sello Producciones Orgánicas. Experta en estrategias narrativas literarias y audiovisuales, utiliza este conocimiento para desactivar los relatos tóxicos que proceden del poder institucional, de nuestra cultura o de nuestros monólogos. En esta línea se inscriben las experiencias narrativas que realiza en torno al imaginario erótico. Como *narrative coach*, acompaña a quienes quieren contar historias y creen que no saben hacerlo. Ha guiado con sus juegos a empresarios/as, profesionales, artistas, personas con limitaciones físicas, sensoriales, psíquicas, económicas o sociales, enseñándoles a narrar con delicadeza. Combina esta actividad con acciones poéticas y su vida como navegante. Vive en un velero cuatro meses al año y sabe del poder que adquiere un viaje cuando se convierte en relato. Es coautora del libro *Lo que esconde el agujero* (Los Libros de la Catarata, 2018).

ANALÍA IGLESIAS

Es escritora y periodista. Coordinó durante cinco años el blog *Eros de El País*, un espacio coral de referencia que sirvió para pensar la sexualidad de un modo lúdico y divulgativo. Como ensayista, se acerca a la afectividad de la época con la necesidad de indagar en las pulsiones sexuales y en la función que cumplen en la actual sociedad de consumo. Conociendo las razones antropológicas, se ha impuesto la tarea de rastrear los rasgos económico-culturales que impregnan el erotismo y las relaciones en este particular momento de la humanidad. Como periodista, valora la libertad de la crónica cultural, pero también trabaja en la difusión de temas ambientales y de ciencia. Tiene más de dos décadas de oficio en prensa. También ha sido docente universitaria, programadora de cine y miembro del jurado en festivales en Europa y en África. Ha publicado un libro de poesía. Actualmente escribe para *El País*. También colabora con *El asombrario* (diario *Público*), *CTXT* y otros medios españoles y de América Latina, con artículos sobre arte, derechos humanos, género e igualdad. Es coautora del libro *Lo que esconde el agujero* (Los Libros de la Catarata, 2018). @analiaigles

Martha Zein y Analía Iglesias

Te puedo

LA FANTASÍA DEL PODER EN LA CAMA



DISEÑO DE CUBIERTA: PABLO NANCLARES

© MARTHA ZEIN Y ANALÍA IGLESIAS. 2019

© LOS LIBROS DE LA CATARATA. 2019
FUENCARRAL, 70
28004 MADRID
TEL. 91 532 20 77
WWW.CATARATA.ORG

TE PUEDO.
LA FANTASÍA DEL PODER EN LA CAMA

ISBN: 978-84-9097-687-6
DEPÓSITO LEGAL: M-17.213-2019
IBIC: JHBKS/JFMP/JFSJ

ESTE LIBRO HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE, QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

ÍNDICE

PRÓLOGO. ¿ASISTIMOS AL FIN DE LA SEDUCCIÓN? 9

PRIMERA PARTE. EL AMOR EN DISPUTA

CAPÍTULO 1. DESAJUSTE DE GÉNEROS 15

CAPÍTULO 2. QUÉ PODER SOMOS CAPACES DE IMAGINAR 24

SEGUNDA PARTE. LA CONQUISTA DE LA CAMA
EN 28 LETRAS

A. AMOR. EL PODER DE DAR, PERO NO DE SER AMADO 39

B. BESO. LO QUE NO SE PUEDE FALSIFICAR 43

C. COMPETIR. SIEMPRE ES PERDER 46

D. DESEO. EL QUE LO ENCIENDE 49

E. ÉXTASIS. ¿DÓNDE TE HE VISTO ANTES? 53

- F. FALO. EL EJE Y SU AMBIVALENCIA 56
- G. GRACIAS. EXISTO PORQUE TÚ EXISTES.
EXISTES PORQUE YO EXISTO 59
- H. HETERO. EL PODER DE LA ORTODOXIA 62
- I. INSTINTO. ESCAPAR DEL CORRAL 65
- J. JEFE. EL ABSOLUTO 68
- K. KOÑO. EL PODER DE LA CUEVA 71
- L. LAMER. NO TE COMERÉ 74
- LL. LLUVIA DORADA. EL JUEGO SE SALE DE LAS REGLAS 77
- M. MAMÁ. IMÁN 81
- N. NO. Y SÍ. LOS DOS MANDATOS 84
- Ñ. AÑICOS. EL QUE ROMPE GANA 87
- O. OKUPA. PARASITAR DESDE EL PODER 90
- P. PUTA. CONSENTIMIENTO GARANTIZADO 93
- Q. *QUEER*. LO INCLASIFICABLE 97
- R. ROSTRO. Y POSROSTRO: MÁSCARAS EN DESUSO 100
- S. SOLEDAD. EL INFIERNO ES ASÉPTICO 104
- T. TRATO. CONSENTIR NO ES ACORDAR 109
- U. UÑAS. SACAR LAS... 112

V. VIDA. NO EMPIEZA CON 'VI' DE VIOLENCIA 115

W. WE. LA SEMILLA DE LA TIRANÍA 118

X. XXX. LA IMAGINACIÓN QUE NO LLEGARÁ AL PODER 121

Y. YO. O LA AUSENCIA DE ALTERIDAD 125

Z. ZURCIR. HACER PARA DESHACERSE 129

CODA

INCLINARSE 135

PODEROSO PUNTO FINAL 138

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA 141

PRÓLOGO

¿ASISTIMOS AL FIN DE LA SEDUCCIÓN?

Tantos siglos hablando del amor y del deseo para pasar *de puntillas* por algo que todo el mundo sabe que existe aunque no le ponga nombre: la correlación de poder entre los amantes. Tras apenas tres encuentros sexuales con la misma persona, ya presentimos que hay poder en juego. Si el deseo desencadenado se pone a prueba en el primer encuentro erótico, en el segundo es la presencia la que toma la voz cantante: el objeto de deseo ya es un otro, con un olor propio, una respiración propia y una acción singular. Hacia la tercera vez en la cama, se da un nuevo giro: hay un encuentro que gestionar y los juegos del poder se ponen en marcha.

Los buenos amantes saben jugar sus cartas en el terreno erótico. Quizá intuitivamente, a través de actos e impulsos, luces y sombras, fracturas y hallazgos, elaboran unos códigos de relación para las veces en que pierden, en que ganan, en que sienten que logran el consenso o en que negocian, para cuando juegan a mandar o a obedecer, bien si se imponen o imploran, pero siempre alcanzan ese extraño equilibrio que les permite repetir los encuentros, consumir el vínculo.

Algunas relaciones de larga duración han conseguido una buena gestión del poder afectivo que incluye como herramientas la seducción, el cuidado, el deseo, el amor, la empatía, el respeto, la alternancia en la toma de decisiones, los acuerdos y

el tratamiento del disenso. Lo que quizás cada uno de los miembros no vea posible en el terreno público, logra hacerlo realidad en el privado. Por eso, incluso en medio de guerras o bajo tiranías, existen amantes saludables.

Así han sido las cosas en nuestra civilización, pero algo ha cambiado. Hoy vivimos en la sociedad global de la sobreinformación y el riesgo: el miedo es un objeto de consumo, nuestro desamparo es una emoción promocionada y difundida por la industria del riesgo, y el Estado es el administrador, gestor y —solo fugazmente— supervisor de este fabuloso negocio del monopolio tecnológico.

En el terreno amoroso, presentimos el fin de la seducción. ¿Por qué? En tanto el deseo implica riesgo, la seducción queda necesariamente abolida cuando se intenta eliminar toda noción de riesgo; es decir, cuando lo que prima es la seguridad y el control de imprevistos, se ha mojado ya la mecha del primer *polvo*. Apagado el deseo, solo queda gestionar los aspectos burocráticos del encuentro.

Una existencia sin riesgos exige una profilaxis en las relaciones que deja al descubierto un problema aún mayor para el amor: la erradicación de la presencia. El universo virtual promueve vínculos sin cuerpo, sin muertos, sin contagio de enfermedades, sin pérdidas, sin un "otro" que interrumpa un recorrido asegurado para el sujeto contemporáneo. Es decir, se elimina también la razón para el segundo encuentro.

Sin deseo, ni seducción, ni presencia, en definitiva, sin proceso, los amantes de hoy encienden el motor del tercer embate erótico: aquel que en el terreno político denominamos "contrato social", por lo tanto, pleno de protocolos, derechos, deberes y negociaciones. Cuando lo privado necesita garantías, homologaciones y avales, hemos institucionalizado lo íntimo.

Sin deseo, ni empatía, ni un "otro", el poder de los amantes se convierte en la reproducción de un modelo que reconocemos del terreno público: un poder desafectado, descuidado e impuesto desde la sociedad de *prosumidores* (productores y consumidores a la vez).

En este trasvase pierden los amantes y ganan los gestores del riesgo, porque expulsan la discusión sobre el poder (que podría cuestionarles) del debate profundo y lo relegan a una mera rivalidad de género. De ahí las últimas controversias sobre prácticas e identidades, producción y reproducción, o contradicciones fundamentales o secundarias, que mencionan el poder feminista únicamente frente al sexo masculino, dejando de lado la disidencia ante el poder acosador del pornoliberalismo.

Este libro ofrece dos miradas, con textos firmados por una u otra autora, en los que jugamos a deshilar el dilema del poder en la cama. Pretendemos abrir la trama para ver los hilos, las intersecciones, los nudos y los huecos de las relaciones erótico-sentimentales. Y como toda relación es un devenir del que no se sabe cómo comienza (ni cuándo exactamente se traba el primer nudo), hemos elegido discernir sobre los elementos de la trama en el orden aleatorio marcado por palabras alfabéticamente ordenadas. Las tomamos para problematizarlas en su contexto social, para deconstruirlas en sus posibles evocaciones del amor y del poder, y ponerlas a medirse con lo lúdico de vivir.

Nos dirigimos a lectores de cualquier identidad de género, práctica sexual y opción relacional. Creemos que lo binario masculino-femenino constituye una referencia histórica y cultural para todas las identidades en transición. Porque para desenmascarar la trampa de lo binario hay que detenerse en la diferencia entre sexos, que justamente se encuentra en la base de las representaciones y los conflictos de todos los géneros fluidos (hoy también convertidos en mercancía de la estantería de la diversidad). Este libro, pues, no cuestiona las relaciones heterosexuales, sino que observa la pluralidad marcada por cultura y cuerpo (biopoder) para comprender cómo hemos llegado hasta aquí.

Creemos que es hora de devolver el poder de preservar la vida a su sitio, hacia una dimensión más potenciadora (¿amorosa?), que revalorice el acercamiento humano.

PRIMERA PARTE
EL AMOR EN DISPUTA

CAPÍTULO 1 DESAJUSTE DE GÉNEROS

A. I.

Ahí estaba el mar, la más ininteligible de las existencias no humanas. Y allí estaba la mujer, de pie, el más ininteligible de los seres vivos [...]. Solo podría haber un encuentro de sus misterios si uno se entregara al otro: la entrega de dos mundos desconocidos hecha con la confianza con la que se entregarían dos comprensiones.

CLARICE LISPECTOR, *Aprendizaje o el libro de los placeres*

Y si te quiero abierto / como el centro imposible de un mundo transparente, / si te quiero imposible, más allá de mis brazos / o la aurora que extiende un sueño en las tinieblas, / más abierto que el viento, más leve y más amante, / será porque mañana nos quisiera infinitos, / unidos como nieve a punto de ser agua. / Y es por eso que dejo resonar la memoria, / todas esas palabras de hilo que se enredan / en tu boca o la mía.

CHANTAL MAILLARD, *Semillas para un cuerpo*

Si comenzáramos por sentir, en lugar de razonar, buscaríamos dos comprensiones, mil comprensiones, en lugar de dos sexos. “No se comenzó por razonar, sino por sentir”: esto lo dijo un hombre —nada menos que Jean-Jacques Rousseau, caballero ilustrado— promotor de la razón a ultranza, esa que aparentemente se transmite a través del ser humano nacido varón en el transcurso de una pequeña porción de historia. Pequeña porción, decimos, porque estos aproximadamente veinticinco siglos a los que habitualmente nos ceñimos para encontrar nuestras herencias civilizatorias son bastante poco en comparación con los trescientos mil años del *Homo sapiens*, o con los más de un millón de años de los homínidos, en general.

Relativizar, eso es lo que pretende este párrafo introductorio, algo que muchos antropólogos —sobre todo antropólogas— nos han permitido hacer gracias a sus estudios sobre lo que fuimos antes de establecernos (sedentarizarnos) y comenzar a arar, casarnos, obedecer y acumular. Es decir, a ser tan desiguales.

Es necesario ver en perspectiva este momento histórico en el que identidades de género y asignación de cuerpos aparentemente se licúan, como antes lo hicieron la orientación sexual o las maneras del placer. En general, somos un pedacito de algo y mucho de otro algo: predominantemente heterosexuales o predominantemente homosexuales. Y, sin embargo, mayoritariamente hombres o mujeres, como rol de género, en una contraposición binaria que tiene muchísimo de cultural pero que no puede soslayar nuestra animalidad (como parte de otra serie de discusiones interminables sobre distribución hormonal, incluso durante la etapa de gestación de cada individuo).

Lo cierto es que no hay una asignación unívoca de un cuerpo a cada género, pero la gestión del poder de la dualidad macho/hembra sobrevive, más allá de las múltiples combinaciones que pueden darse entre cualquier término transgénero y las distintas orientaciones sexuales. Queremos decir que, desde aquellos homínidos nómadas que fuimos hasta estos sedentarios (acumuladores de capital) que somos, parece haber un hilo indestructible que sostiene la dualidad masculino-femenina, incluso en territorios de identidades licuadas por diversas intersecciones. Guerra de sexos, suelen llamarlo.

CUMPLIR EL DESEO DEL MONSTRUO

Guerra es una palabra grave y a la vez muy gráfica. Podemos y debemos matizarla, claro, pero sin perder de vista que asistimos a un momento-bisagra de la conflagración por el posible nuevo reparto de roles. Es un hecho que nos hemos desincronizado, porque incluso los hombres que admiten la desigualdad histórica están perplejos, en *shock* (algunos con la

sensación de estar acorralados) por el explosivo auge de las acusaciones de los feminismos en todas las geografías. Y aquí es donde algunas teóricas experimentadas en la lucha por la emancipación nos avisan de que las mujeres tenemos que tener mucho cuidado de no alimentar exclusivamente la imagen de víctimas del “monstruo” que lloriquean frente a cámara, porque nos presenta como seres desvalidos que buscan que alguien los salve. En esta fábula de la princesa que llora aparece otro monstruo autocumplido, como la profecía.

Es la antropóloga Rita Segato quien insiste allá donde puede que el hombre criado en esta sociedad machista necesita, justamente, reafirmar su potencia de “monstruo”, porque en eso consiste el mandato de la masculinidad. El fuego de estos monstruos autocumplidos es el que, en muchas ocasiones, nosotras mismas atizamos desde las trincheras virtuales.

Extrapolando este vínculo de la inválida y la bestia al territorio político actual, el monstruo blanco no puede parecer afeminado e inerte frente a la amenaza de los “invasores extranjeros”, toda vez que el héroe de nuestra cultura grecolatina (y cristiana) es un destructor, como el dios castigador del Antiguo Testamento. A esta napa cultural se le añade la del impiadoso capitalismo que, con su carga de desigualdad, injusticia y precariedad, vuelve impotente al hombre en el terreno económico. Así, incapaz de cumplir con su rol de proveedor y sostén familiar, el “monstruo” viril recurre a la última bala de la recámara: la violencia física (ya sea en forma de agresión sexual, descuartizamiento o rifle semiautomático). También es Segato —que ha trabajado con violadores en cárceles de Brasil— quien nos pone sobre la pista de la indagación necesaria.

CORRER EL RIESGO

Nosotras ya hemos corrido todos los riesgos, inclusive el de autoexplorarnos y cuestionarnos públicamente acerca de cómo y de quién queremos emanciparnos. Ellos todavía no saben si quieren asomarse a ese abismo interior.

Sigamos el hilo histórico: de aproximadamente la tercera década del siglo XIX data el del primer movimiento feminista en Francia y, en cambio, según la filósofa feminista Geneviève Fraisse, el adjetivo "feminista" no aparecería hasta más tarde, en 1872, en un texto del periodista Alejandro Dumas (hijo), dentro de un panfleto llamado *Hombre-mujer* en el que se debatía sobre costumbres, adulterio y la prohibición del divorcio.

No resulta nada curioso que el adjetivo que engloba las reivindicaciones de las mujeres haya sido inventado para una diatriba antifeminista. Esto responde al perenne miedo de los hombres a la confusión entre los sexos, a la posibilidad de que alguien sugiriera que las funciones y prerrogativas de cada sexo podían invertirse o permanecer indeterminadas.

Los fundadores y guardianes de las ideas ilustradas, desde la Revolución francesa en adelante, hicieron malabares teóricos para excluir a la mujer de cualquier asunto de dominio público (incluido el sufragio). Evitaron, a toda costa, reconocer que era posible que una mujer estuviera desprovista de vocación para el matrimonio y lo doméstico, porque aquello hubiera significado una rivalidad directa en la arena civil (profesional y económica) y política, a la vez que una desatención del hogar, que es la retaguardia que le permite al guerrero salir bien comido y con la ropa planchada y, al mismo tiempo, reproducirse. Dice Fraisse en su *Musa de la razón*: "Ya Jean-Jacques Rousseau había resuelto globalmente el asunto al afirmar que las mujeres no poseen la ciencia de los fines sino solo la de los medios, en resumen, que su razón es enteramente práctica, nunca teórica, y que está al servicio de una finalidad que ella no preside". Esto es, las mujeres tienen razón, pero esa razón es diferente (o heterónoma).

A estas alturas de la historia, cuando las mujeres han conseguido el derecho al voto o a no casarse y a poder salir de su casa para trabajar, poco importa si la razón es sexuada o no lo es. Otras cuestiones entraron en juego, a partir, justamente, del terreno conquistado sin permiso. A saber, las mujeres de la segunda y la tercera ola feminista ya pueden salir a trabajar en

(más o menos) igualdad de condiciones con el hombre, por lo que han adquirido otros “derechos”, tales como la alienación y la explotación laboral. Además de estos riesgos colaterales que señalaron teóricas como Simone de Beauvoir o Marguerite Yourcenar, se agregaron, a partir de los años sesenta, los pretendidos beneficios de la revolución sexual, por la que se autorizó el deseo femenino y se expandió la libertad de tener sexo sin compromiso —gracias a la accesibilidad de los métodos contraceptivos— pero con el molde de la sexualidad masculina, que fue el que volvió a imponerse como medida.

Ironías aparte, desde la tercera ola feminista hubo consenso acerca de la herencia cultural patriarcal que ha pesado sobre la mujer y su papel, más allá de cualquier rasgo fisiológico u hormonal distintivo. Sin embargo, la libertad seguía siendo administrada —y adjetivada— en función de la conveniencia masculina dominante. Hasta ahora, hasta la *cuarta mujer*, el desajuste de géneros ha seguido fundándose en las bases establecidas por los hombres.

Gilles Lipovetsky enumeraba, en *La tercera mujer*, todo lo que ellas habían ido dejando por el camino durante el siglo XX, en su afán por demostrarse funcionales (y convenientes) para el mercado laboral, a la vez que admirables objetos para ser contemplados, accediendo a borrar sus marcas de maternidad, adelgazando para no dejar rastros de su biología mamífera en el cuerpo y esculpiéndose como preciosas perchas para los diseñadores de moda. El filósofo se preguntaba, sin embargo, en 1997: “¿Cómo explicar la permanencia de la sobreimplicación femenina en el amor? ¿Por qué sigue contribuyendo a definir la identidad de las mujeres, cuando ellas reivindican cada vez más los mismos roles y actividades que los hombres? ¿Hay que interpretar esta persistente disimetría de los roles amorosos como el último episodio de una vieja historia o bien como una lógica de futuro inscrita en la dinámica de las sociedades democráticas?”.

Mientras Lipovetsky se hacía estas preguntas, en las maternidades europeas nacían las *millennials* tardías (o generación Z)

que iban a echar por tierra sus presupuestos teóricos. Las personas que vienen naciendo desde mediados de los noventa suelen renegar de casi todo lo que les fue atribuido históricamente como característica eterna de ser mujer. Las protagonistas más guerreras de la cuarta ola han descolocado de raíz al hombre: "Soy fea (o me afeo), no quiero ser delgada ni gustarte, no quiero dar la teta, ni quedarme en casa a tener hijos, y ni siquiera me hace falta tu pene para gozar". Virginie Despentes nació antes, pero empezó a escribir en esa década y ha prestado valiosa letra al movimiento, al que se sumaron corrientes de lesbianismo militante, de un lado, y cuestionamientos metatransgénero, de otro, porque una mujer no necesariamente tiene útero ni tampoco necesariamente carece de falo (razón por la cual no habría que denostarlo como objeto simbólico de opresión).

Unánime es la voluntad de hacer política desde una posición antaño condenada a no ejercerla y pregonar desde la práctica que lo doméstico es un tema político, porque en el hogar hay gestión de poder. Si las polémicas intrafeministas se hacen públicas es algo que a las mujeres parece no asustarnos. Ya corrimos todos los riesgos, qué importa uno más.

OTRA TORRE INCLINADA

En la guerra de sexos, hoy, ni siquiera están claros los contendientes. Y esto constituye un desarreglo tal que el hombre, nacido hombre, heredero de otros hombres que fueron hijos de hombres, no sabe ni por dónde empezar a cuestionar. Oponerse a cualquier reivindicación feminista o no saber cómo adherirse a la causa son las constataciones del actual desajuste.

Los hombres que no se enfrentan tenaz, sarcástica y/o violentamente a las verdades arrojadas a la cara por esta cuarta ola de mujeres feministas, sienten pavor a no encajar en la redistribución de papeles: ¿cómo se ejerce hoy la masculinidad?

Desconcierto e inhibición masculina son marcas de una época sedienta de consentimientos; desconcertados ellos, en el

mejor de los casos, insistimos, porque la violencia contra el cuerpo de las mujeres es la más grave cicatriz abierta.

El riesgo sigue latente y, a la vez, abolirlo equivale a la muerte social: inhibirse de actuar o de relacionarse. Esto es, quedarse a salvo, encaramados a la 'torre' de los antiguos privilegios, avistar los conflictos con prismáticos: ¿qué son, si no, las patologías de aislamiento personal que han eclosionado con la hiperconectividad?

Pálida existencia la de permanecer lejos del cuerpo a cuerpo del campo de batalla y también de los acuerdos posibles. Pensemos en la dependencia del porno *online* como sustituto de las caricias o como válvula de escape a la exigencia social de rendimiento, en las sesiones *hot* por videoconferencia (pagadas en dinero plástico) como garantía de inmunidad contra enfermedades contagiosas, o en los muñecos con genitales a rosca, sucedáneos de la compañía. Prestemos atención, incluso, a cierto rechazo al hombre como objeto erótico, con el argumento de su carga patriarcal. Y en su reverso, el consumo de prostitución femenina como alivio frente a la complejidad sentimental de la mujer "que no cobra".

El control es la tiranía; la seguridad, un espejismo comercial. Solo el riesgo entraña posibilidad humana. La posibilidad de un acuerdo.

¿Cuál es la condición de tal acuerdo?

Reflexionemos a través de una analogía, para ir acompañadas por Virginia Woolf, de la mano de una gran escritora y teórica precursora, gracias a una libertad de pensamiento fuera de época. En su ensayo *La torre inclinada*, Woolf habla de la torre a la que se encaramaban los escritores ingleses del siglo XIX y de cómo el periodo entreguerras de principios del XX alteró ese microclima de comodidad y privilegios que siempre les había permitido ver desde arriba, aun cuando se solidarizaban con los que nunca subirían a su torre.

Nosotras diremos que aquellos escritores de la torre podrían ser los hombres de nuestra época, que descienden de otros hombres y estos, de otros hombres, cuya posición determinó

el ángulo de su visión y su capacidad de comunicación¹. Ellos nunca se dieron cuenta de las limitaciones de su perspectiva, incluso si sentían simpatía por las mujeres. En general, no manifestaron una férrea voluntad por descender de la torre, aunque algunos hubieran dejado subir a algunas mujeres. Woolf propone:

Imaginemos que nos encontramos en una torre inclinada y que nos fijamos en las sensaciones que experimentamos: tan pronto nos damos cuenta de que una torre se inclina, tenemos muy aguda conciencia de encontrarnos en una torre [...]. Cuando llegamos a la cumbre de la torre, vemos un paisaje que nos parece muy raro. No está puesto al revés, sino sesgado, ladeado [...]. ¿Y qué más sentimos, cuando imaginariamente nos hallamos en la cumbre de la torre? Al principio, incomodidad, después lástima hacia nosotros mismos por la incomodidad que sentimos, lástima que se convierte en ira, ira contra el constructor de la torre, ira contra la sociedad, por ser causante de nuestra incomodidad [...]. Sin embargo, también se da otra tendencia, ya que, ¿cómo se puede atacar a una sociedad que, a fin de cuentas, le da a uno un hermoso panorama y cierta seguridad? No se puede acusar sinceramente, de corazón, a una sociedad de cuyas ventajas uno sigue aprovechándose.

1. "Los libros descienden de otros libros, igual que las familias descienden de otras familias [...]. En términos generales, bien podemos decir que la guerra no afectó al escritor ni a su visión de la vida en el siglo XIX [...]. Todos fueron colocados por encima de la masa, en una torre de estuco [...]. El escritor está sentado en una torre que se alza por encima de nosotros, una torre construida, en primer lugar, por la posición de sus padres, y después por el oro de sus padres. Y se trata de una torre de suma importancia, por cuanto determina el ángulo de su visión, y afecta a su capacidad de comunicación [...]. Durante todo el siglo XIX y hasta agosto de 1914, esta torre fue vertical y firme. El escritor apenas se daba cuenta de la elevada situación en que se hallaba, ni de las limitaciones de su visión. Muchos de ellos sentían simpatía, gran simpatía, hacia otras clases sociales [...], pero no querían destruir la torre ni descender de ella, sino hacerla accesible a todos [...]. La civilización y la sociedad enteras estaban sometidas a cambios [...]. Son habitantes de la torre, igual que quienes les precedieron, son hijos de padres acomodados, ¡pero cuán diferente era la torre en sí misma, y lo que veían desde la torre! Cuando contemplaban la vida humana, ¿qué veían? Cambios en todas partes, revoluciones por doquier [...] los viejos setos divisorios estaban siendo arrancados. Otros setos se plantaban y otras torres se elevaban [...] la tendencia de la torre en que se sentaban a inclinarse". Virginia Woolf (1977): *La torre inclinada y otros ensayos*.

Aquellos, como muchos de estos hombres, “apresados por su capital, siguieron en lo alto de la torre inclinada”, y su talante, como podemos ver, queda reflejado en sus actuaciones y sus escritos rebosantes de amargura (hoy, por ejemplo, en tuits o tribunas en las que se quejan vulgarmente del lenguaje inclusivo o se burlan de las cuotas femeninas, que sobreactúan un supuesto ataque indiscriminado diciendo que “no se atreven a subir en un ascensor a solas con una mujer” porque, según ellos, puede denunciarlos por cualquier cosa, o que arguyen, frente a la violencia misógina, que “por cada mujer asesinada hay nueve hombres muertos violentamente”, sin consignar que a unas y a otros los mataron otros hombres). Son gente encerrada en una torre inclinada de la que creen que no pueden descender, porque si descienden comienzan a ver desde un ángulo y una perspectiva para la que no están preparados. De ahí su perplejidad.

La única posibilidad de aprender a ver desde otro lugar es tener el coraje de bajar de ese edificio inclinado que desfigura al otro. Bajar hacia uno mismo, correr el riesgo de escuchar y hablar honestamente. Ahí radica la posibilidad del acuerdo, del encuentro.

CAPÍTULO 2

QUÉ PODER SOMOS CAPACES DE IMAGINAR

M. Z.

En medio del deseo, el gozo, los placeres, la diversión, el instinto, el subidón de hormonas, la alegría de vivir, el azar, ¿es posible que el poder tenga un sitio? Hay muchas razones para que dos o más personas decidan encontrarse y compartir una experiencia erótica, incluso algunas tan poco edificantes como seguir una costumbre, cumplir con un mandato o perder el control. El primer polvo puede deberse a razones infinitas. Si existe un segundo encuentro, el asunto empieza a definirse: la voluntad, la apuesta y la capacidad de elección adquieren un papel más determinante en el juego.

¿Qué sucede si los amantes repiten? ¿Qué otros elementos entran en juego? El otro, el compañero de juego ha dejado de ser un desconocido, aunque no hayan intercambiado ninguna palabra, tiene un aroma, una forma de moverse, un ritmo, unas maneras de reaccionar, unos puntos erógenos. El otro comienza a tener una identidad definida y el intercambio de placeres, su propio código. Se hace evidente lo que sucede desde el principio: los amantes son seres vinculados. Llega a la vida erótica un concepto que es puramente filosófico: entenderse como individuos en relación con todo lo que les rodea, en diálogo constante con la vida, un intercambio que les constituye.

No hay ser humano que se desnude de sí ante el otro. Gracias al estructuralismo sabemos que el cuerpo es una

construcción, que el amor es una construcción, que somos un resultado y que, en esa suma de roles, clases, recursos y estrategias que encarnamos, hay un ingrediente que casi todos los amantes pasan por alto: el poder. Nos gusta imaginar que el deseo y el placer hacen buenas migas con el amor, que los mejores amantes son los que, satisfaciendo sus deseos, también satisfacen los del otro y, en esta área emocional resulta casi contradictorio incorporar el poder porque solemos identificar este concepto con la imposición, la tiranía, el interés, la subordinación... La generosidad queda expulsada automáticamente del encuentro y en su lugar aparece la estrategia. ¿Cómo que yo estoy jugando al poder, si lo único que me mueve es el deseo?

Si echamos un ojo al terreno de juego en el que se encuentran los amantes hoy, se hace evidente que hombres y mujeres están intentando cambiar sus roles. Se replantean qué es la igualdad. Buscan nuevos modos de expresar su deseo. Entienden que la cultura, las instituciones y la sociedad en la que viven atraviesan sus vínculos hasta en los espacios más íntimos y que, en esos cruces, hay palabras como *autonomía*, *capacidad*, *derecho*, *igualdad*, *fuerza* o *consenso* que no resultan nada *sexis*, rompen el lenguaje de la seducción y reducen el nivel de magia cuando se trata de hablar de amor.

Si cerramos los ojos y visualizamos el sustantivo *poder* es bastante fácil que imaginemos algo que ejerce presión sobre nosotras/os desde fuera, algo que subordina, coloca por debajo y relega a un orden inferior. Es cierto, esa es una de las manifestaciones del poder, la que va ligada a la dominación, la coerción y la violencia; sin embargo, existen otras que permiten relacionar el poder con la libertad o con el consenso, por ejemplo: un poder que en vez de imponerse sobre otro se puede ejercer con o para el otro: un poder que no necesita ser vertical, de modo que la obediencia se sustituya por la suma. Llevamos tantas eras sometidos/as a un modelo de poder tiránico, dominador o disciplinario (parafraseando a Foucault) que hemos terminado por confundir la parte con el todo, de tal manera que

las personas que desean acabar con el poder establecido no se sienten cómodas cuando expresen su deseo de ejercer el poder. Se puede renunciar al poder disciplinario, pero ¿es posible que no exista el poder?

En las calles de Brasil, Argentina, Estados Unidos, Turquía y España, millones de mujeres claman el fin del poder establecido por el patriarcado, ese poder disciplinario que se manifiesta en todas las estructuras y ámbitos de nuestra existencia y que privilegia a quienes han nacido con un pene entre las piernas. Son las hijas y nietas de aquellas que a mediados del siglo pasado participaron en movimientos emancipatorios para exigir el reconocimiento de sus derechos; hoy utilizan su agencia, sus recursos, capacidades y estrategias para llevar a buen fin sus objetivos individuales y colectivos y transformar el mundo. No esperan a ser empoderadas, pues ya reconocen el poder que las constituye; lo que quieren es participar en la toma de decisiones, tener acceso a los recursos que les han sido negados históricamente y romper con los privilegios otorgados a la población masculina que, en muchas ocasiones, está integrada por compañeros de juegos eróticos y relaciones sentimentales. En definitiva, quieren poder en todas las esferas de su existencia y desban-car definitivamente lo que denominamos "el poder". Pero ¿hasta qué punto esta realidad queda atrás cuando dos amantes empiezan a compartir sus fluidos?

Si aceptamos que el amor y el cuerpo son construcciones, deberíamos asumir que en el simple acercamiento entre dos (o más) personas que van a ligar hay condicionantes que van más allá de sus experiencias vitales: desde la condición de clase a la forma particular de percibir la libertad del otro y, por supuesto, el poder. Hacer que el otro se rinda a tus encantos, ¿no remite de algún modo a algún tipo de sumisión? O ¿mostrarse como el macho alfa del grupo no resulta importante para un determinado tipo de amantes? La pregunta sobre si eres "pasivo" o "activo" ¿no está claramente relacionada con el poder? Y estas tres preguntas, ¿acaso no remiten una tras otra a una misma modalidad de poder, el coercitivo?

En nuestro imaginario, el “cuerpo a cuerpo” de los amantes está íntimamente relacionado con la batalla de dos seres enemigos intentando someter o acabar con la vida del otro. La diferencia está en la voluntad de daño y en la aceptación de que el otro es o no un enemigo. En esta sociedad de la sospecha, que parte de la idea de que un desconocido puede ser fuente de agresiones, ¿no acorta la distancia entre el amante y el enemigo? Y el dulce sometimiento, ¿cuándo se convierte en imposición? ¿Es el consentimiento la única solución?

¿Y si nos planteáramos que el poder puede ser ejercido de otra manera? A lo mejor los armisticios privados y las negociaciones íntimas podrían encontrar otras alternativas.

LOS AMANTES YA SABEN MUCHO DEL PODER COERCITIVO

Es fácil imaginar que cuando hablamos de “el poder”, se trata de un poder vertical y, por tanto, jerárquico, que necesita de un reparto de privilegios y utiliza diferentes estrategias para imponerse. Una de ellas es el terror de la violencia y la sangre, que identificamos como la mayor expresión de su fuerza, aunque, según teóricos como Byung-Chul Han, la violencia física es un recurso que habla de la fragilidad del poder. Otra de las estrategias es recurrir a la legislación, que, si bien puede encarnar una violencia simbólica al ponerse en línea con los deseos de las elites que distribuyen “el poder”, utiliza el derecho como herramienta. Pero hay un tercer nivel impositivo, más sutil, y es el que se expresa a través de los hábitos, normas y normalizaciones de la sociedad, que consiguen que un sujeto obedezca sin oponer resistencias. A este poder Foucault lo llamó “poder disciplinario” y es capaz de producir cuerpos sometidos, dóciles y administrables.

En la *Microfísica del poder*, Michael Foucault demuestra cómo, a través del consenso social, las instituciones y la educación, este poder disciplinario llega a penetrar en el cuerpo y no “porque haya sido anteriormente interiorizado en la conciencia

de las gentes”, sino sencillamente por el hábito; es el modo personal de incorporar las acciones propias y las de los demás lo que termina constituyendo nuestra personalidad, y nos habitúa a un modo de gestionar el poder. En pleno desarrollo del neoliberalismo, el poder disciplinario causa placer, engendra saber, produce discursos. En el terreno erótico, el neoliberalismo disciplinario no necesita prohibir, sino que fabrica las inclinaciones de los amantes de acuerdo con un ideal socialmente aceptado. Quien ama obra según unas pautas aprendidas y cree moverse en libertad, obedece sin darse cuenta. Este poder invisible dirige y conduce las acciones para unos fines concretos sin que sus protagonistas se den cuenta de hasta qué punto sus decisiones amorosas no responden ni a sus deseos ni a sus sentires, sino a un ideal socialmente aceptado. Pierre Bordieu asegura que este poder genera un determinado sistema de valores que permite legitimar el dominio de una elite, un grupo o esa parte de la sociedad que responde a los cánones y mandatos impuestos por el patriarcado. Sin darse cuenta, los amantes perpetúan y alimentan al tirano, como los más bellos y jóvenes de los griegos sacrificaban sus cuerpos para mantener saciados a sus dioses.

Ante un poder así, la única respuesta posible es la resistencia o la resiliencia, es decir, preguntarse por el funcionamiento de un poder que no es el propio para lograr evadirlo, reducirlo o eliminarlo. Pero, una vez conseguido, ¿cómo obrar? ¿Qué tipo de poder podemos ejecutar de modo que no sea necesario estar constantemente poniendo las armas encima de la mesa y exigiendo una certidumbre de que el amante no se convertirá en enemigo?

El reclamo que sostiene el “no es no” o la simple necesidad de afirmar que existe la violencia de género hacen evidente que hay estructuras cerradas que condicionan las relaciones más íntimas. Este poder también puede operar a través de los medios de comunicación o de los dogmas de fe promovidos por las iglesias, que modelan de forma oculta conductas y opiniones. Pero el nivel más difícil de abordar es el poder constituido por creencias que hacen que se considere “natural” un cierto estado de las cosas. Son las normas culturales, valores, ideologías, costumbres

con nombres múltiples, a las que se enfrentan las mujeres que reclaman su poder en cualquiera de los ámbitos de su existencia.

Sin embargo, por el hecho de ser resistentes, es posible que las mujeres lleven la sombra del poder disciplinario incluso cuando toman decisiones sobre su propia vestimenta, maquillaje, gestualidad y hasta en las formas de intervenir quirúrgicamente sus cuerpos.

¿SE PUEDE CONCEBIR UN PODER SIN SUBALTERNOS?

En busca de una definición que permita plantearse el poder no como respuesta a lo establecido, ni como falta, sino como una atribución que ya existe en cada una de las personas, es necesario un cambio epistemológico, una forma distinta de pensar el mundo y nuevos relatos para otro imaginario. Podemos vislumbrar un poder que se deshace abiertamente de su condición vertical para concebirse como una capacidad universal, que se puede ejercer de forma individual o colectiva para alcanzar unos fines que le permitan al sujeto (o los sujetos) continuar su existencia, en compañía o a través de los otros, e influir en su entorno para transformarlo. Este poder (sustantivo), en su paso a la acción (verbo), ha de contemplar qué medios están al alcance, qué estrategias se pueden usar, en qué ámbitos se aplicará (público, privado o íntimo, siendo el erótico un espacio intermedio entre los dos últimos) y quiénes serán los beneficiarios. Estos cuatro factores determinarán su manifestación y, abrirán, por tanto, a múltiples formas de entender el poder, ejercerlo y controlarlo; a la resistencia o la resiliencia se añadirán posibilidades como la cogestión.

El poder, entendido como la capacidad que tiene un individuo para continuarse a sí mismo (su deseo, su necesidad, su vitalidad) más allá de sí y, por tanto, en el otro, obliga a la persona a reconocerse en relación y, por tanto, a asumir que "forma parte" de algo mayor. En su esencia, esta afirmación puede parecer contraria a la percepción de lo fortuito que sostendría un encuentro sexoafectivo, pero el hecho de que el encuentro

sea circunstancial o instantáneo no significa que los amantes no hayan tomado parte en él. Del mismo modo, quien ejerce el poder suele desear transformar su entorno (imaginemos que- rer que una relación se encamine hacia un lugar determinado), ya sea para impedir que cambie (que permanezca como está) como para promover un cambio, o abiertamente para alimentar un salto de paradigma. Los medios para alcanzar cualquier pro- pósito (desde el simple hecho de facilitar un nuevo encuentro a que el mismo se desarrolle de una manera acorde con las nece- sidades o deseos de ese sujeto) son los mismos que podrían utilizarse en otro contexto: el dinero, el apoyo de la ley, el esta- tus, la fuerza física, la ascendencia, el apoyo del grupo, la edu- cación, entre otros. El acceso a estos recursos determinará las estrategias. No es lo mismo recurrir al uso de la fuerza física, a la imposición por coacción, que al diálogo, a la negociación, la coordinación o el consenso, por ejemplo, sobre todo si el bene- ficio que se está buscando es el de uno o el de ambos.

Mientras sigamos entendiéndonos como seres que o dominan o son dominados, los amantes nos veremos obligados o a naturalizar la figura del tirano y de la víctima, o a jugar a intercambiar los roles de dominante/dominado o a negar la capacidad para continuar nuestro deseo en el otro, algo bien propio del juego amoroso, de modo que las relaciones sexoafec- tivas se conviertan en monologantes, donde el amado no existe.

Quizás merezca la pena trasladar al ámbito de las relacio- nes sexoafectivas las reflexiones que, desde mediados del siglo pasado, hicieron sobre el poder pensadores como Foucault o Deleuze, por ejemplo, así como las propuestas de los movi- mientos de liberación nacional, emancipación racial, descolo- nización y autodeterminación, que plantearon que otro poder era posible en el terreno de la política institucional. Martin Luther King Jr., líder en la lucha por los derechos civiles en Estados Unidos, se atrevió a definir el poder como "la capaci- dad de alcanzar un propósito", que implica "la fortaleza requere- rida para producir el cambio social, político y económico", y ligaba esa fortaleza a la ética. Dijo también:

Uno de los grandes problemas de la historia es que los conceptos de amor y poder generalmente los hemos visto como opuestos, como extremos opuestos, de forma que el amor se identifica con una renuncia al poder y al poder como una negación del amor. Lo que necesitamos es percatarnos de que el poder sin amor es imprudente y abusivo y que el amor sin poder es sentimental y anémico. El poder en su máxima expresión es el amor implementando las exigencias de la justicia y la justicia en su máxima expresión es el amor que corrige todo lo que se opone al amor.

Luther King estaba hablando de un modelo de poder que iba más allá del ámbito público y afectaba a la esfera de lo privado y de lo íntimo, pues era consciente de la importancia para la comunidad afroamericana en Estados Unidos el desligarse de un modo ajeno de percibir la existencia. Hasta ese momento, las definiciones de poder siempre habían tenido un carácter de explicación retrospectiva; es decir, se veía el poder allí donde se notaban sus efectos. La resistencia denunciaba la existencia del poder coercitivo y, a partir de ahí, buscaba una alternativa que estuviera atravesada por la ética.

Luther King se enlazaba también con esa forma de entender el poder vislumbrada por Hannah Arendt, veinte años antes, que hacía notar que el poder se encarga de que la comunicación fluya sin interrupción en una dirección determinada y que esto incrementa la posibilidad de que el individuo o grupo con poder alcancen su fin gracias al júbilo de los otros. Es la libertad la que distingue este poder del que se puede utilizar coercitivamente. En este sentido, el poder crece en una sociedad en la medida en que en ella se generan alternativas.

LA ENTREGA Y EL OLVIDO

En línea con la entrega que se le supone a toda relación afectiva saludable, Judith Butler opina que “no hay don sin absoluto olvido de lo que das, a quién, por qué y cómo, de lo que recuerdas o esperas de ello”. La entrega gratuita, sin esperar contrapartida

alguna, sin pensar en lo que se gana ni en lo que se pierde, olvidando toda valoración y todo cálculo de lo donado, sin vaciarse, dar de forma generosa, esa es una manera de definir el acto de amar. Y, comentando la obra de Theodor W. Adorno *Mínima moralía*, Butler agrega: "Por ser un don, ese amor exhibe la insuperable calidad de la gratuidad. Es, en el lenguaje de Adorno, un don entregado en libertad".

Butler conecta asimismo con aquel "poder libre" de Foucault, en el sentido en que esa libertad compromete el ejercicio de poder con la ética y la responsabilidad que exige situarnos en la piel del otro, incluso posicionarnos en el lugar de la persona subalterna y mirar el mundo con sus ojos. Frente al poder coercitivo, se ofrece un poder libre que no necesita esfuerzo ni gasto de energía para ser ejercido, que actúa con sigilo porque genera adhesiones, que no opera contra el otro sino desde el otro. Un poder que cuenta con una adhesión voluntaria de los demás, no basada en la costumbre, sino en el logro de un bien compartido.

La libertad de ese poder "libre" no depende del número de alternativas que existan, sino de la estructura o la intensidad de ese fin que quiere alcanzar quien ejerce el poder, y, sobre todo, de la confianza mutua y del reconocimiento mutuo, lo que permitirá eludir las formas de sanción. En las historias de amor y sexo desaparecerían los ganadores y los perdedores, figuras propias del juego del poder coercitivo, para aparecer nuevas tramas, dinámicas multidimensionales y tejidos de transformación que no tienen por qué ir ligados al binomio te amo/no te amo.

EL PODER VITAL: EL AMANTE COMO SER EN RELACIÓN

En los años de los movimientos emancipatorios, el feminismo acuñó una frase imprescindible: "Lo personal es político". Con esta afirmación, las mujeres recordaban que, si bien todos los seres humanos se enfrentaban al poder coercitivo del

patriarcado (que también sometía a sus compañeros), no lo hacían en pie de igualdad porque ellas no tenían sus privilegios ni sus recursos. Las mujeres comenzaban a entender que el amor heterosexual podía ser un campo de batalla colectivo, en tanto que el trabajo individual con respecto a los mandatos de género resultaba insuficiente. La contradicción llegó a la mesa y se distribuyó en cada plato.

Hoy le vamos dando giro a aquella frase. Lo político y lo personal interactúan en ambos sentidos. De hecho, en función de su rol social, de sus recursos económicos, de la violencia simbólica ejercida por la comunidad en la que viven... muchas mujeres aceptan mantener relaciones emocionales con un hombre para la aceptación social y la supervivencia económica de su familia y terminan cediendo su poder, o utilizándolo de forma manipuladora. El cambio sutil que ahora se plantea es darnos cuenta de que el poder se tiene, aunque se entregue. Desde el siglo pasado, en el seno del feminismo se están proponiendo nuevos modos de poder, vinculados con la igualdad, la compasión y la vida. En el terreno político una corriente del feminismo conecta hoy con un poder "vital" que traspasa la fertilidad y los vientres y busca nuevas estructuras de pensamiento. Esta línea de pensamiento se aleja del biopoder foucaultiano entendido como poder coercitivo que somete los recorridos de la vida y de la muerte para conectar con la simbiosis y plantear un modelo de poder basado en el apoyo mutuo, la solidaridad, la colaboración y el reconocimiento y respeto de las diferencias, que puede permitir potenciar talentos individuales, conocimientos y recursos para producir el mayor efecto. Un poder capaz de construir puentes entre las diferencias, reconociendo abiertamente los conflictos y buscando transformarlos o reducirlos, yendo en pos de un objetivo mayor. Es así como se acuña el término *sororidad*, que apela a esa realidad inevitable de "ser parte".

Cada una de estas reflexiones y reivindicaciones crea un discurso que, como el resto, pretende atravesar todos los ámbitos de relación. ¿Qué sucedería si a las niñas y a los niños se les educara desde el primer día en que todos tienen un espacio de

poder que pueden ejercer de manera distinta y que esto les permitirá cambiar su entorno, haciéndoles partícipes activos de un destino común? ¿Por qué no aceptar que cuestiones de género, clase, raza, religión, escolaridad u orientación sexual generan privilegios que fácilmente harán más atractivas a nuestros ojos a unas personas que a otras? ¿Por qué no asumir que saber gestionar el poder permitirá que nuestras relaciones sean más saludables y que, más allá del amor y el deseo, los vínculos con nuestros amantes o examantes podrán llegar a ser sanos y enriquecedores?

Para ello es necesario recuperar la capacidad de imaginar y fortalecer la comprensión del poder como un bien común, hace falta una práctica en la que el acto de poner en duda nuestros supuestos no se entienda como fragilidad, sino como una manifestación de nuestra capacidad para la asunción de nuevas posibilidades.

En la trama de la vida no hay individuos aislados, sino relaciones y vínculos, seres afectados en constante modificación, y esto condiciona la percepción del sujeto individual. Inevitablemente, nuestra vida está ligada a la de los otros: el amante nunca es uno. Uno más uno nunca da lugar a dos en el terreno sexoafectivo. Todos los amantes están codeterminados por aquellos con los que intercambian aliento, palabras, tacto, aunque sea en un cuarto oscuro. Todos estos seres absolutos se constituyen frente a la persona con la que se encuentran de forma dinámica. Afectamos y somos afectados/as, con mayor o menor intensidad.

Así, cuanto más espacio tenga un amante para continuar su deseo y su placer en el encuentro con el otro, más poder tendrá, y la manera en la que se ejerza convertirá ese poder en coercitivo o vital, unidireccional o bidireccional y, por tanto, multiplicador. No extraña que los amantes correspondidos se sientan poderosos en otros ámbitos de su existencia.

No deberíamos olvidar que en cada acto hay un deseo larvado, un intento hacia la propia realización, independientemente de que se logre o no. Ese deseo confiere poder a quien actúa desde el momento en que su capacidad para realizar esa posibilidad converge con la realidad que puede ser. Cuando

llevamos el poder a la práctica, creamos vínculos encendidos por el deseo. Esto implica que del mismo modo que deseamos, formamos parte del deseo de otros. En este intercambio se ponen en juego relaciones de poder. Y es ese el intercambio que está presente desde el primer polvo compartido, aunque vaya adquiriendo forma y cuerpo a medida que los encuentros sexoafectivos se repiten.

En el terreno exclusivamente sexual, el poder ejercido por el amante puede silenciar el placer, pero también puede potenciarlo, como mecanismo incitador y multiplicador. Derrida rechaza la interpretación que señala que el placer puede liberarnos de las ataduras del poder coercitivo para señalar que logra someternos con engañosas cadenas, de ahí que Foucault insista en la exploración de nuevas formas de placer resiliente que puedan evadir su influencia. Cualquiera que sea el poder que elijamos enlazar con el placer, es importante recordar que cuanto más abierto sea el juego y más diversas sus modalidades, más poder recobramos. Los amantes desean, se erotizan, gozan, se buscan y aunque crean que en su orgasmo nadie manda más que él/ella, también saben que el cuerpo con el que festejan, el juego y el nombre que pongan a su encuentro son una mera construcción.

Ha llegado el momento de cambiar las reglas del juego (el poder) y algo más: el juego en sí.

Por un lado, este libro propone religar el poder con la ética, hasta que sea impensable —por aberrante— el poder de dominación. Esta ética está directamente vinculada con la búsqueda de las raíces de la vida en un momento en el que el planeta se acerca a su muerte entrópica, más allá de la necesidad de conservación de la biodiversidad o del principio de supervivencia de la especie humana. La ética de la vida significa poder desear la vida y tener la voluntad de vivirla con gracia, imaginación y pasión. Se trata de incorporar al deseo de los amantes el deseo de la vida, reconectando pasión con razón, pensamiento con sentimiento, llevando hasta las últimas consecuencias la razón poética de María Zambrano, como una forma de estar. ¿Por qué, en vez de negar que el poder existe en las relaciones de pareja, no se plantea una

ética amatoria en la que otros modelos de poder permitan recrear la vida o ponerle nuevos nombres a las cosas?

Por supuesto que dos personas que se aman están atravesadas por el poder y no por eso se imponen a medida que los amantes multiplican los encuentros, se da paso a un grado de conocimiento sobre el amado, en un proceso que siempre será inacabado. Los amantes involucrados en el conocer y transformar van cambiando, al igual que sus posturas y acciones. Conocer al otro brinda la posibilidad de hacerse preguntas básicas sobre el cuerpo propio y el ajeno, cómo se conoce o para qué. Conocer implica cuestionar, transformar y legitimar las relaciones, y con esta dinámica es difícil un poder jerárquico, vertical y coercitivo basado en una normatividad rígida.

Cuando llegue el momento de amar, ámese. Cuando llegue el tiempo de follar, gócese. Pero antes de entrar en el juego, por qué no preguntarnos cómo conciben los amantes el poder, que siempre estará presente en el vínculo. Del mismo modo en el que nos preguntamos por ciertas posturas, puntos o artilugios, por qué no hablar sobre cómo concebimos el poder, cómo lo manejamos, qué lugar nos concedemos en ese juego, si en nuestras estrategias hay cabida para la violencia, el consenso, la imposición o la negociación; o qué capacidad tenemos para intervenir en el encuentro, y hasta qué punto estamos aceptando un rol de subordinación; si podemos expresar lo que deseamos y del mismo modo escuchar lo que desea la otra persona, si tenemos capacidad para transformar la relación, cómo nos sentimos con nosotros/as mismos/as.

Porque, pensemos, ¿cuántas veces aquel buen amante fue un tirano defensor de una libertad en la que no existió ni un ápice de empatía? ¿Hasta qué punto te seduce que el otro reconozca tu sabiduría y acepte ser el eterno aprendiz? ¿Cuántas veces una historia de piel termina convirtiéndose en una relación de sumisión en nombre de que "entre algo y nada, me quedo con el algo"? ¿Cuántas veces el silencio elegante expresa la violencia simbólica de seres que no se sienten capaces de romper el vínculo?

SEGUNDA PARTE
LA CONQUISTA DE LA CAMA EN 28 LETRAS

A. AMOR EL PODER DE DAR, PERO NO DE SER AMADO

M. Z.

El miedo no es una emoción que conduzca a la felicidad. Mal gestionado, puede paralizar, impedir el flujo de la vida. Se considera una emoción de *losers*. Esta no es la era de los perdedores. Mal empezamos. Sin embargo, entre la galería de temores reconocibles por los amantes está el miedo a amar. Está tan integrada esta posibilidad que podría utilizarse como diagnóstico. Los afectados podrían decir: "Este amante, aquel, yo misma padezco una enfermedad paradójica. Rechazo precisamente aquello que me define, odio amar, lo rechazo, me sienta mal, no lo quiero, y aun así, me declaro amante... enfermo/a". Por supuesto que los seres humanos somos capaces de vivir en la contradicción e incluso llevarla hasta lo insostenible; sin embargo, respiremos un instante y observemos: ¿cómo podría rechazar saciarse quien busca la saciedad? No me refiero a si es posible o no, sino al cómo.

Existen los amantes fóbicos, para quienes la emoción de amar resulta tan arriesgada que, queriendo abrir el corazón, lo cierran hasta encarcelarlo. La mente es poderosa, nuestra incoherencia es capaz de crear realidades lógicas, incluso estéticas, y sin embargo, mortales. Mientras no cae en las redes del amor, el amante fóbico se siente a salvo, se ha librado del peligro, del acecho, de su manifestación mas extrema, que es la muerte, y eso le otorga automáticamente alguna de las manifestaciones de lo que se podría considerar un ganador. Se trata de